

Armando Hernández Caltenco \*

*Para Rafael Bernal*

**L**as botellas de cerveza permanecían inmóviles y vacías sobre la mesa, confundidas con ceniceros repletos de colillas y ceniza.

El departamento, reducido, se llenaba hasta el último rincón los fines de semana.

A esa hora de la mañana todos se habían retirado. En la recámara revuelta; las cobijas sobre el suelo, una sábana cubría el cuerpo de Sonia. Sus pies colgaban fuera de la cama.

Alan se levantó, apretó su cabeza tratando de aligerar el fuerte dolor que lo había despertado. Recogió del suelo la pijama, la desarrugó; metió lentamente una de sus piernas tratando de guardar el equilibrio sin lograrlo. Al incorporarse encontró los pies de Sonia quien al sentir el aliento de Alan dio vuelta sobre su costado y se acomodó, esta vez cubriéndose completamente con la sábana.

La luz que entraba por la ventana lastimó sus ojos. Alan caminó zigzagueante, deteniéndose en la pared. Tropezó con las botellas de licor que se hallaban en el piso. Llegó hasta la cocina, abrió el refrigerador, sacó una cerveza. La terminó, apretó el bote de Tecate, con tino lo arrojó al cesto de la basura.

Buscó los cigarrillos. Encontró la cajetilla de Raleigh. Encendió el cigarrillo, con el mismo cerillo prendió el calentador del baño.

Aquello había quedado en el olvido, eso ya era historia; los entrenamientos atrás del aeropuerto, las provocaciones en las marchas... Ahora sería distinto, el dinero vendría a manos llenas. Los buenos trajes, los mejores lugares, en fin... lo mejor.

\* Facultad de Ingeniería, UNAM. Taller de cuento de Magali Martínez Gamba. Dirección de Literatura, UNAM.

El agua caliente recorría su cuerpo, la cerveza hacía su efecto.

Su cara angulosa, los ojos hundidos, el escaso bigotillo se reflejaban en el espejo del baño. Alan parecía no reconocerse... Enredó la toalla en su cintura. Del refrigerador sacó otra cerveza, se dirigió a la recámara.

El traje oscuro, los zapatos negros... No, mejor el pantalón café y la chamarra cazadora de piel. Antes de salir recogió los estragos de la fiesta. Acomodó la reglamentaria, no sin haber revisado antes el cargador. Se echó encima la chamarra. A propósito olvidó despedirse de Sonia. Sabía que a su regreso ya no la encontraría. Sin hacer ruido mojó el pañuelo de loción. Peinó una vez más sus lacios cabellos... Y se fue en el Mustang.

Recogería a Moisés, por el rumbo de Santo Domingo, al sur de la ciudad. Oprimió el timbre. En el tercer piso una ventana se abrió, recargado en la pared esperó... Después se saludaron, hicieron comentarios de lo sucedido la noche anterior.

Alan Ruvalcaba no portaba aún la placa, tenía que seguir haciendo méritos. Era bien conocido en el grupo, por su afición a tomar notas de todos los casos que se le presentaban. Seguía pensando en resolverlos analíticamente, utilizando métodos inventados por él.

¡Malditos! Para la escoria humana es necesario que exista gente como nosotros, en esta ciudad que poco a poco nos devora —escupía las palabras sobre la cara de Moisés Ortega. Ortega movió el volante, dio vuelta a la izquierda, rodó rumbo a la Avenida de los Insurgentes, saliendo por la Alberca Olímpica.

Ruvalcaba no ignoraba en lo que se había metido, las circunstancias lo orillaron a tomar esa decisión. La ver-

dad es que las razones habían sido poderosas: su pasado, la relación con la policía... la desilusión, la frustración...

Seré diferente Ortega, seré diferente. Moisés, cansado de escuchar la misma tonada, ignoraba las palabras de Alan, preocupándose por el verde del semáforo.

¡Estúpidos! Las cosas se hacen inteligentemente, primero es recabar información, lo más mínimo puede ser importante. Trazar una estrategia, a la delincuencia había que someterla con inteligencia, in-te-li-gen-cia.

El Mustang se detenía en todas las esquinas, no existía prisa. Con el brazo derecho recargado en la portezuela observaba a los transeúntes. Alan había logrado reconocer quién era quién, los olía y sentía... nunca fallaba.

No descuidaba su condición física. Después del entrenamiento suspendido por las denuncias que amanecieron publicadas en los periódicos de la ciudad, referentes a que ciertas personas recibían entrenamiento militar en las estaciones del metro, le quedó la costumbre y corría todas las mañanas para mantenerse en forma... cuando esto era posible.

Ruvalcaba bajó del auto, Moisés no lo detuvo. Alan caminó en sentido contrario al flujo del tránsito a la altura de Barranca del Muerto. Ese día no se sentía bien. Los pensamientos se negaban a aflorar dentro del Mustang.

De manera constante se preguntaba hasta dónde se tendría que comprometer en la aventura. Recordaba la solución que había dado Zozaya al crimen de la Zona Rosa, era sorprendente cómo dio con la pista.

Alan Ruvalcaba se sentía importante en la enorme ciudad, sabía que los

habitantes honrados dormían seguros de que personas como él velaban el sueño de todos. Pero claro, alguien tenía que hacer el trabajo sucio, para eso era necesaria su presencia, estaba satisfecho de su trabajo.

Al día siguiente recorrieron de nueva cuenta las calles citadinas. Alan mantuvo el pie en el acelerador del Mustang, Moisés con la mirada sobre el parabrisas buscaba entre los peatones. Dos jóvenes se disponían a cruzar la avenida, automáticamente Ortega abrió la portezuela, caminó hacia ellos, Alan saltó del auto y lo rodeó, se mantuvo a la expectativa. Vio el miedo, la angustia sobre el rostro de los muchachos, Moisés los sujetó de los cinturones por la espalda y los subió al Mustang. Ortega se acomodó a un lado de ellos, en el asiento trasero. Ordenó con voz que no se oyó, Alan interpretó el movimiento de los labios, arrancó haciendo rechinar las llantas.

Después de entregar a los detenidos salieron a comer. Durante el trayecto al restaurante, Moisés se mantuvo serio, mudo. Ruvalcaba permanecía contrariado. Es duro de roer —pensó Ortega— pero ya se adaptará, esto no es como las series policiacas de la televisión; ya aprenderá, ya aprenderá.

Alan se quitó la chamarra, prendió el radio. Se sacó los zapatos, en el respaldo de la silla colocó la funda con la 45. Buscó una botella que hubiera sobrado. Tomó dos tragos directamente de la botella, después sirvió el sobrante en un vaso.

Arrastró los pies, se acercó al radio. Buscó en el cuadrante, sintonizó la *B grande de México*. La música inundó el departamento. No le preocupó fumar hasta la saciedad. Buscó un cobertor para tenderlo en el suelo. Al sacarlo del clóset encontró ropa de

Sonia, sin que ella estuviera ahí, lo mantenía vivo; conectado con la realidad, aunque él no lo aceptara.

Llevó el vaso a su boca, bebió el contenido hasta ver el fondo.

Moisés soportaba todo pero esto no podía continuar así, sabía que tarde o temprano la situación imperante lo haría cambiar.

La permanencia en el departamento lo ponía de buen humor. Con habilidad, sus manos aseaban el arma. De pronto se levantó, apuntó al enemigo imaginario, habló pausadamente. La voz rebotaba por las paredes del departamento; modulaba el sonido moviendo los labios con exageración. Ensayaba una y otra vez: Tiene usted derecho a permanecer callado, todo lo que diga será usado en su contra... Cuidaba los movimientos, al hacerlo, procuraba no decir palabra alguna. Saltaba sobre la cama, antes de caer desenfundaba la 45, jalaba con desesperación el gatillo. De su cara escurrían gruesas gotas de sudor. La luz del foco proyectaba la sombra de Alan sobre los desnudos muros de la recámara, amplificando los movimientos.

Sin control, la voz surgía desde la garganta de Alan, repitiendo constantemente: Somos necesarios en esta sociedad, en caso de que no existiéramos, esto sería un caos; no habría orden.

Del archivero, escogía un expediente al azar, leía el nombre del acusado, el delito: sedición, portador de arma prohibida, alteración del orden público...

Tenía que haber un método para solucionar todo esto.

Sintió sed, se dirigió a la cocina, abrió el refrigerador, sacó una cerveza, la última. Se prometió que mañana mismo pasaría al supermercado y



surtiría la despensa. Regresó a la cama, se acostó, extendió los brazos, cerró los ojos, mantuvo esa posición hasta que amaneció.

Ortega se fastidiaba, la actitud de Alan rayaba en la insolencia. Conoció a Ramírez, éste había recomendado a Ruvalcaba al grupo; la amistad de años, las juergas corridas; se confabulaban para aceptar al nuevo colaborador, eso sí un buen colaborador, pero...

Al grano, al grano mi detective estrella, sin mamadas cabrón. Déjate de deducciones sesudas, sólo te hacen perder el tiempo.

Ruvalcaba se hacía el desentendido, cerraba la boca, prefería pasar el informe por escrito. Con esto aseguraba que nadie lo interrumpiera.

Alan hacía el seguimiento de los delitos por la vía poco ortodoxa; la nota roja de los periódicos. Las noches enteras por encontrar al culpable, las pasaba revisando detenidamente nota por nota.

Resultaba imposible para él que hubiera tanta maldad en el mundo. Realmente, si Zozaya resolvía todos los trabajos que le asignaban, claro estaría que él podría hallar solución a los casos que deseara investigar.

Lo más tranquilo hubiera sido instalar una oficina de detectives, no recordaba en dónde había leído esto, (claro que se acordaba, sólo que era una manera de no dar crédito a nadie).

Continuó haciendo especulaciones en torno al expediente que sostenía en las manos. Leyó en la Prensa, el extraño caso de la desaparición de un individuo, lo rastreó casi una semana entera, dio con él en una cárcel clandestina. Pretendió dar a la luz pública el hecho,

pero únicamente logró que el preso desapareciera verdaderamente.

La idea principal no era enrolarse en la policía. Se sentía atraído por resolver los crímenes que ponían en peligro la integridad de la humanidad. Comenzó por acompañar a Moisés cuando éste recibía orden de aprehensión de algún sospechoso, le servía de chofer.

Los fines de semana buscaba por Tepito herramientas que le ayudaran a realizar mejor su trabajo. Compró unas esposas oxidadas, que después mandó cromar. Con poco dinero adquirió aparatos de gimnasio. Cambió la funda de su pistola, de cintura, por una sobaquera.

Tenía que renunciar al trabajo que lo mantenía ocupado gran parte del día en la oficina. Ahí conoció a Sonia, era secretaria del gerente general de la compañía, tenía acercamiento constante con ella. Alan servía como mensajero, platicaba con la secre sin que se viera extraño o alguien pensara más allá de lo pensable.

El sueldo apenas si le alcanzaba, los libros, carísimos; el Pantera sonaba más tangible, más de su realidad. Holmes, muy aristócrata; el amigo Horacio, demasiado analítico y el vasco con demasiados problemas personales.

Caminando por las calles de San Juan de Letrán, leyó: *Se gratificará a quien dé informes, sin averiguación, para la localización del joven de 16 años de edad, tez morena, 1.60 m de estatura...* Mostró interés, desprendió el anuncio, lo revisó una vez más, se dirigió a investigar.

Llamó a la puerta, por el rumbo de la colonia Roma, Puebla 1542. Se asomó una anciana, habló sin dejarlo pasar al interior. Alan se conformó con hacer preguntas desde el quicio de

la puerta, anotó respuestas. No se preocupe señora, trataremos de encontrar solución.

Subió las escaleras hasta llegar a su departamento. En una mano el portafolios, en la otra el periódico. Ya en el interior prendió la televisión, acomodó el sillón y sin sentarse completamente abrió el diario. La pantalla del televisor reflejaba su luz azulosa sobre la cara de Alan. No encontró nada interesante en las páginas del periódico; prefirió leer las notas de su cuaderno de trabajo.

Analizó las posibilidades que hubieran llevado al muchacho a su desaparición. Durante tres horas de leer y releer, se volteó aburrido a ver a la televisión: *Hermosa República Mexicana* . . .

Varios meses trabajó en el caso, hizo preguntas a cuanta persona se le ocurría. Regresaba a su departamento y continuaba especulando. Sobre la pared, un pequeño pizarrón contenía el seguimiento del caso. Con una raya debajo de las palabras destacaba las etapas superadas, con un círculo las que no tenían respuesta todavía. Metiéndose más en el asunto, logró conseguir información que le aclaraba el problema.

*Mire mi detective: El muchachito está jodido, es un pinche alborotador y esos son un mal social. Está acusado de promover una huelga en la fábrica donde trabaja. Ni le busque, esto es un caso perdido, trate de sacarle un buen billete a la familia del muchacho, después olvídense.*

Simplemente ya no regresó a la colonia Roma. La frustración empezaba a ganar terreno. Abandonó el trabajo de la oficina, era un martes, Sonia mecanografió la renuncia.

Necio, Alan continuó con las inves-

tigaciones, así conoció a Ramírez.

Escuchó las noticias en el radio, el locutor hablaba acerca de un asesinato. Apuntó en su cuaderno la dirección, comenzó a trabajar.

El cuerpo mostraba, cuando menos, veinte heridas producidas por arma blanca, para rematarlo le dieron el tiro de gracia. Observó las heridas, no eran visibles, ya que la fotografía estaba borrosa. Maldijo: ¡Estos pinches periódicos nunca imprimen bien las fotos!

Bueno, tenía que echarle sentimiento, a ojo de buen cubero sacó conclusiones: Arma blanca, pulgada y media de largo, lo mejor sería hablar en centímetros, pero esto le daba más elegancia, aunque el problema estaba en las conversiones.

Escribió: *Preguntar en las ferreterías y almacenes que vendan cuchillería.*

Observó el orificio en la sien derecha del cuerpo, dedujo: Calibre 22; arma ligera, fácil manejo.

Apuntó: *Acudir al Registro de armas, recorrer las armerías del rumbo; para empezar.*

—No señor, eso que me pide es imposible. Las notas de menudeo se hacen sin el nombre del cliente —contestó el dependiente de la ferretería.

Alan salió del almacén, guardó su cuaderno de notas. Sobre la calle de Corregidora encontró vendedores ambulantes apostados en la acera; desde aparatos eléctricos, herramientas; mercancía de oferta. Compró un cuchillo cebollero para tener claridad en el asunto.

Gracias a un amigo revisó el libro de registro de armas. Estudió las numerosas páginas, apuntó en el cuaderno, comentó con el amigo, preguntó algo que no entendía; platicó de lo avanzado de la investigación.

## Cuento

---

—Caray, a poco cree que lo va a resolver tan fácilmente mi detective. Esto no es más de la mitad de las armas que circulan en el país, sin contar las que entran de forma ilegal, más aquellas que no las registran . . . Piénselo bien mi detective estrella.

Esto me pasa por haber nacido en el subdesarrollo, dijo en voz alta el detective estrella, Alan Ruvalcaba.

Siguió con la investigación. En el directorio telefónico encontró direcciones . . . Buscó por media ciudad.

Caminó por el rumbo del parque de beisbol, sobre avenida Cuauhtémoc, Ramírez bajó del auto-patrulla: Ese mi detective, déjate de chingaderas, dedícate a otra cosa; si de verdad te interesa esto, pues llégale, yo te recomiendo. Ah, se me olvidaba, no nos estorbes, el caso está resuelto, encontramos al culpable.

Al otro día, Alan compró el periódico, buscó en la nota roja; hablaban de todo menos de lo que le interesaba.

Moisés permanecía callado, esa noche se puso al volante. Puro trabajo de rutina Alan, no te preocupes, murmuró sin voltear siquiera. Dirigió la vista al espejo retrovisor, torció a la derecha,

bajó las luces, puso las intermitentes, rodaron por calles y avenidas. Alan pidió que detuviera el auto. Bajó de la patrulla, se dirigió a la miscelánea de la esquina, pidió el teléfono, marcó el número. Esperó, la bocina sonó tres veces, al otro lado de la línea, Sonia contestó . . .

Pagó la llamada y compró paletas de caramelo. Regresó a la patrulla, Ortega arrancó, Alan saboreó el caramelo; con el brazo derecho sobre la portezuela, fijó la vista, sin pestañear, sobre el parabrisas. Por el radio de onda corta salían voces gangosas. Cuando llegaron a la glorieta de los Insurgentes, Alan, como de costumbre, salió de la patrulla sin decir nada. Pero a diferencia de otras veces, en esta ocasión, regresó.

Traía a rastras al primero que encontró en su camino. Abrió la portezuela trasera del auto, lo aventó al interior. El golpe de Alan sobre el estómago de la víctima fue la señal para que el auto arrancara.

La gente que en ese momento llenaba la calle, acostumbrada a la rutina diaria, siguió su camino.

Elemental . . . elemental . . . elemental.

